

Primeramente, castigar a los hermanos culpables, si es posible con la justicia del pueblo, lynchándolos en la plaza pública. Luego, no contraer nuevos compromisos con una nación que cree que el no pagar puntualmente da derecho a invadir una república soberana. Después, acercarnos a los Estados Unidos. Sí, acercarnos. Pues no hay que confundir el gobierno de Washington y los banqueros de New York con el pueblo anglo-americano. Establecer en su propio país una propaganda tendente a hacer conocer, no solamente nuestros recursos naturales, sino también y sobre todo nuestra cultura, nuestra lengua, nuestra historia, nuestro progreso, nuestra literatura: es menester convencer a ese pueblo de que no somos «españoles descendientes de africanos». Aprender de la gran República lo que hay en ella de potente, de viviente y de conveniente para nosotros; su actividad, sus formas de progreso material, su sano optimismo. Mas no sus rasgos característicos en discordancia con nuestra idiosincracia, como su amor desmedido del oro, su mecanismo intelectual, su hipocresía calvinista.

El Pan-americanismo es ilógico y, por eso, irrealizable. Hoy sería desastroso, porque la unión de un fuerte y un débil no puede resultar equitativa. Mañana no será, sencillamente. La razón geográfica, el hecho de la proximidad, no logrará nunca fundir la América Latina hasta el punto de formar ese mundo ideal que engendraría una civilización común, con que sueñan los pan-americanizantes, como no ha conseguido amalgamar los diversos estados de Europa, ¡qué digo! ni siquiera dos estados limítrofes, cual la Francia y la Alemania. Sin duda, llegaremos a entendernos, a estimarnos, a ayudarnos, y en este sentido debemos trabajar sin repugnancia, con ardor. Pero ni aun cuando el socialismo triunfe universalmente (¡pues triunfará!), dos mundos tan diferentes como el anglo-americano y el latino-americano conservarán su espíritu propio, tal cual bajo el régimen más igualitario, dos hombres de carácter conservan su individualidad. Si han de cumplirse nuestros destinos, la América será mañana la patria de *dos grandes pueblos*, dos grandes pueblos amigos, pero diferentes.

Debemos ser y seguir siendo nosotros mismos. Y esto desde luego en la literatura. Después de haber estudiado, aprendido, imitado, el arte europeo, es indispensable que *creemos con nuestra propia alma, que construyamos con nuestros propios materiales*. Aun sin definirse claramente, tales ideas arrastran a las nuevas generaciones. El movimiento modernista nos enseñó a ser

artistas, y ya esto es mucho. Pero Rubén Darío mismo ¿no nos indicó, en ciertos poemas de *Cantos de Vida y Esperanza*, la nueva orientación? Actualmente, nuestros más fuertes escritores trabajan por crear un arte autónomo, representativo de nuestro espíritu y de nuestra tierra. Este arte no ha de ser, sin embargo, el viejo «criollismo» que todavía echa retoños: la simple pintura de las costumbres constituye una modalidad subalterna. Ha de ser la *interpretación de la vida y del hombre, según las sugerencias de la raza y del arte moderno*. Hay quienes han denominado tal movimiento Americanismo. Yo lo he llamado Mundonovismo, porque aquel término envuelve la idea de la actividad yanqui, y porque con éste se desea significar a la vez: arte de

nuestro Nuevo Mundo y Arte del mundo nuevo, pues todo eso ha de ser nuestro arte. Empero, los críticos vacilan en adoptar esta denominación, tal vez por el recelo que, con razón, inspiran todos los «ismos». Pero en este caso no se trata de una escuela novel, sino de un movimiento existente y viviente que es menester denominar para mayor comodidad de la crítica necesariamente clasificadora.

Tenga la bondad de presentar mis mejores saludos a García Monge y de creer en la seguridad de mi amistad muy sincera.

FRANCISCO CONTRERAS

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

## Para la biliosidad



# DIABLITOS